

## Conferencia

# “Guerra y memoria. Una mirada sobre el siglo XX desde el presente”.\*

---

◆ *Enzo Traverso*

Agradezco mucho al Centro de Cultura Contemporánea de Barcelona y a Josep Ramoneda por esta invitación. Es un honor para mí hacer aquí, en Barcelona, esta intervención. Pido disculpas de antemano por mi castellano, que es muy, muy defectuoso. Mucho más que en castellano, voy a desarrollar mi ponencia en una mezcla de italiano y francés, pero lo importante es que todo el mundo pueda comprenderme.

Quisiera plantear algunos elementos de reflexión sobre el problema de la violencia en el siglo XX. Mi ponencia será un acercamiento muy general a este tema y a la relación que, en este siglo, las violencias denominadas totalitarias tienen con el proceso de civilización, con la modernidad, en un sentido muy general.

Creo que decir que el siglo XX es un siglo profundamente marcado por la violencia es una banalidad –ya que todo el mundo puede compartir esa afirmación– que ingresó en nuestra conciencia histórica hace una década, más o menos, cuando el lugar central de Auschwitz en nuestras representaciones del pasado y de la historia se cruzó, en cierta manera, con la caída de Unión Soviética, con la caída del comunismo como régimen político y como fenómeno histórico

---

\* Este texto es la transcripción de una conferencia dada en Barcelona el 11 de noviembre 2002, en el marco del Centro de Cultura Contemporánea. Agradezco a Patricia Flier que lo corrigió, volviendo mi castellano a una forma aceptable.

◆ Doctor en Historia. Profesor de la Universidad Picardie-Jules Verne de Francia.

concreto. El comunismo, repentinamente, empezó a ser interpretado como un acontecimiento histórico “acabado”, y su historia, que es compleja y tiene caras diferentes y contradictorias, fue reducida exclusivamente a una historia de violencia. Por supuesto, la dimensión criminal masiva del comunismo como régimen en el siglo XX es una cuestión central y muy importante, pero no la única. Se produjo, por tanto, un cruzamiento entre el recuerdo de Auschwitz, que ya estaba presente en la memoria colectiva del mundo occidental, y la memoria del comunismo, que, repentinamente, apareció como un fenómeno histórico acabado y marcado por la violencia. Es así como se planteó la violencia como rasgo fundamental en la historia del siglo XX.

En otras épocas, creo que si hubiéramos realizado sondeos de opinión a intelectuales y preguntado cuál fue el rasgo fundamental del siglo XX, habríamos recibido como respuestas la Revolución, por ejemplo, o el socialismo, o el progreso científico y técnico. Pero ahora la tendencia es plantearse la violencia como un rasgo fundamental en la historia del siglo, y para aproximarme a esta cuestión, creo que podría partir de las reflexiones de un gran historiador muy conocido, Eric Hobsbawm. En su libro *La edad de los extremos*, Eric Hobsbawm habla de la barbarie como un elemento central en la historia del “siglo breve”, y para argumentar su caracterización, recuerda una investigación estadística realizada por el Consejero del Departamento de Estado norteamericano, Zbigniew Brzezinski, que afirmaba que, entre 1914 y 1990, las víctimas de guerras, genocidios y violencias políticas fueron, en todo el mundo, ciento ochenta y siete millones de personas. Esta es una cifra de una investigación que abarca el período transcurrido entre 1914 y 1990, es decir, entre la Primera Guerra Mundial y la caída de la Unión Soviética, lo que quiere decir que hay otro genocidio y otras guerras que no fueron tenidas en cuenta en este cálculo. Hobsbawm empieza a reflexionar sobre este dato y concluye: “eso significa dos veces la población europea en la mitad del siglo XVIII”. Para visualizar un poco lo que nos dice una cifra de ese tipo, creo que podríamos pensar en un gigantesco cementerio que ocupara la extensión de España, Francia y Alemania juntos, lo que puede darnos una idea de lo que significa la violencia del siglo XX. Y Hobsbawm sigue su reflexión agregando que si el mundo de hoy no llegó a estar totalmente sumergido en la violencia, si no hubo una caída total y definitiva en la barbarie, es debido esencialmente a la vigencia de algunos valores fundamentales heredados de la Ilustración.

Por un lado, por supuesto, la conclusión de Hobsbawm me parece evidente: no tengo inconveniente en compartirla porque me parece claro que la barbarie

del siglo XX fue combatida en nombre de los valores de la Ilustración: valores como los derechos humanos, la tolerancia, la libertad, la democracia, el respeto a la alteridad, el cosmopolitismo, la fraternidad, la idea humanista de la razón... Bueno, digamos que todo eso seguramente nos ayudó a combatir la barbarie y la violencia.

Por otro lado, sin embargo, me parece que esta conclusión es muy unilateral y no es suficiente, en la medida en que interpreta esa barbarie solamente como regresión histórica, sin tomar en cuenta sus rasgos modernos. Digamos entonces que Hobsbawm se muestra miope frente a lo que los filósofos de la Escuela de Frankfurt, en particular Adorno y Horkheimer, presentaron como “La dialéctica de la Ilustración”. Es decir que las violencias de la Segunda Guerra Mundial –el nazismo y, en medio de esta guerra, Auschwitz–, no pueden ser interpretadas y analizadas solamente como una recaída en una barbarie ancestral, sino también como la expresión de una barbarie moderna. Se trata de una violencia que no se puede concebir fuera de las estructuras y de los elementos constitutivos de la civilización industrial, técnica, occidental moderna.

Voy a intentar argumentar un poco este planteamiento. Hay una especie de dicotomía que se establece después de la Segunda Guerra Mundial. Existen dos interpretaciones fundamentales: la de Lukács, algo olvidada hoy, expuesta en su libro *La destrucción de la razón*, en la cual analiza el fascismo precisamente como una forma de irracionalismo, como un rechazo a la razón y como una regresión de la civilización moderna; y está, por otro lado, la reflexión de Adorno. En un ensayo que se titula “Educar después de Auschwitz” (“*Erziehung nach Auschwitz*”), Adorno escribe: “la barbarie pertenece al principio mismo de la civilización”. Por lo tanto, hay dos puntos de vista completamente contradictorios, y creo que hay que reflexionar sobre esa contradicción y ver cómo ambas posturas contienen elementos necesarios para analizar la violencia moderna.

En primer lugar, creo que no es suficiente condenar la violencia como se ha hecho hasta ahora; hay también que intentar comprenderla, analizarla, interpretarla. En particular, los historiadores que hacen este trabajo, tienen que describir, clasificar, distinguir, comparar las violencias del siglo XX, con el riesgo de, a veces, transformarse en narrador del horror y de no ser muy bien comprendido.

Pero... ¿cómo definir esa violencia? Bueno, ha habido dos guerras mundiales y una cadena de guerras regionales –algunas particularmente atroces y terribles como la de Vietnam–, así como una sucesión de genocidios: desde el de los armenios durante la Primera Guerra Mundial –bajo el imperio otomano en

declinación—, hasta el genocidio de Ruanda, pasando por el de los judíos y el de los gitanos durante la Segunda Guerra Mundial; genocidios que introdujeron la palabra misma, el concepto mismo de “genocidio” en nuestro vocabulario político y en la cultura moderna. También han aparecido formas históricamente nuevas de violencia, como el universo de los campos de concentración —por supuesto en los regímenes fascistas, pero también el Gulag en la Rusia bajo Stalin y en otros países estalinistas, como la China maoísta o Camboya— o nuevas formas de aniquilamiento industrial, como los campos de exterminio nazis, y también nuevos medios de exterminio tecnológico, como la bomba atómica en Nagasaki e Hiroshima.

Por tanto, hay que salir de las experiencias de las guerras propiamente dichas y dedicar algunas palabras a las guerras totales del siglo XX, entendidas como “laboratorios antropológicos”, como experiencias fundadoras del siglo y experiencias históricas que moldearon y cambiaron el paisaje mental del mundo y, en particular, de Europa.

La Primera Guerra Mundial apareció desde el principio como una guerra total que suponía un cambio radical: el entierro del siglo XIX. Éste había sido el siglo de la paz en Europa, del desarrollo industrial, del capitalismo liberal, del triunfo de la idea de progreso... Bueno, todo eso se acabó en 1914, y apareció una nueva era de conflictos, de guerras, de revoluciones también, pero una nueva época, una nueva era marcada por la violencia. La guerra apareció como un acontecimiento total; no solamente porque se trataba de una guerra internacional, sino también porque esta guerra penetraba en todos los aspectos de las sociedades civiles y en todas las facetas de la vida cotidiana de los hombres. Todos los sectores de la sociedad (economía, cultura...) sufrieron un profundo cambio y fueron y moldeados por la experiencia de la guerra. Se transformaron las relaciones entre clases sociales, generaciones, sexos, y la guerra total apareció de inmediato como un hecho de una violencia absolutamente inimaginable incluso para los que habían decidido su inicio. Todo cambió, hasta en la manera misma de hacer la guerra, y ésta se reveló como algo mucho más mortífero y violento que todas las guerras de las épocas precedentes.

Durante el siglo XIX se había desarrollado en Europa el denominado “derecho público europeo”, un dispositivo jurídico cuyo objetivo era la contención y la eliminación de las guerras entre los Estados en el Viejo Mundo. Además del desarrollo del “*jus contra guerra*”, en el sentido kantiano, de la idea de la paz perpetua, tenía también como fin la definición de las reglas con las cuales se hace la guerra, en el caso de que ésta se produjera: el *jus ad bellum* y el *jus in*

*bello*. Por ejemplo, en vísperas de 1914 estaban reconocidas y eran compartidas en Europa una serie de reglas que estipulaban que durante la guerra no se podía torturar al enemigo, que había que conservar la vida de los presos de guerra, que debían respetarse las poblaciones civiles... Esos eran, digamos, principios compartidos por todas las naciones europeas y casi parecía que después del Congreso de Viena en 1814 y 1815, esto era algo así como una conquista irreversible, algo definitivo y claro.

Pero es suficiente pensar en el número de víctimas civiles de las dos guerras mundiales que conoció Europa y el mundo –en particular en la Segunda Guerra Mundial, con más de veinte millones de víctimas civiles solamente en Europa– para hacerse una idea del cambio radical que se produjo con la guerra total. Creo que esa tendencia no fue, digamos, un paréntesis, sino que se ha seguido desarrollando después de la Segunda Guerra Mundial y se ha convertido también en dominante hoy día, me parece.

Si pensamos en todas las guerras de la última década, desde la Guerra del Golfo –la primera guerra del Golfo, porque probablemente habrá otra–, pasando por la guerra de Yugoslavia y la de Afganistán, es un principio evidente, asimilado por Estados y estrategias, que los conflictos están concebidos –por sus formas tácticas, estratégicas, y por sus medios técnicos– para preservar la vida de los combatientes y para matar solamente civiles. Se trata de una herencia de las guerras totales, y es una nueva tendencia que ingresó a partir de la Primera Guerra Mundial. Es suficiente pensar en lo que fueron los bombardeos de Coventry, de Hamburgo, de Dresde, de Tokio, durante la Segunda Guerra Mundial, para comprender el cambio que se produjo en este sentido.

Las “guerras totales” también develaron una hipocresía acerca de la noción de derecho público europeo, –este contexto de civilización y de progreso que se había alcanzado en Europa en el siglo XIX–, en la medida en que estas “guerras totales” reproducían en Europa, en el mundo occidental, algunos rasgos de las guerras coloniales del siglo XIX, guerras que siempre fueron concebidas como guerras de conquista y de exterminio, durante las cuales nunca se podía establecer una distinción entre combatientes y civiles. La gran novedad del siglo XX es que esas características de las guerras coloniales se reprodujeron en Europa, en el corazón mismo de Europa occidental, por supuesto con medios técnicos de destrucción mucho más poderosos que los utilizados en el siglo XIX en Asia o en África.

La “guerra total”, decía, fue un gigantesco, “laboratorio antropológico”, en el cual toman forma, se diseñan, las condiciones fundamentales de los genocidios

modernos y del exterminio industrial del siglo XX. Durante la Primera Guerra Mundial, los soldados, por ejemplo, dejaron de aparecer como los héroes de las guerras tradicionales y se proletarizaron. A la hora de combatir, estaban simplemente incorporados a una máquina en la cual tenían que ejecutar tareas parciales, como un trabajador, como un obrero puede trabajar en una oficina o en una fábrica.

Todos los testigos de la Primera Guerra Mundial describieron esa dimensión mecánica, maquina, de la guerra. La batalla se transformó en una masacre planificada. Por ejemplo en la batalla de La Somme, en Francia, que es emblemática desde ese punto de vista, el enemigo se deshumanizó porque era invisible, detrás de las líneas del frente, y la muerte no era infligida por un enemigo de carne y hueso, viviente, sino que era el producto de máquinas; era infligida por los bombardeos de los aviones y la artillería, por las ametralladoras, por las armas químicas de gas, etc. La muerte perdió su carácter épico: ya no era la muerte en el campo del honor, *la mort au champ d'honneur*, según la fórmula clásica, sino que se había transformado en una muerte anónima, de masa, en el marco de un proceso, podríamos decir, de exterminio industrial. Fue el triunfo de una muerte "reificada". Y los héroes de la Primera Guerra Mundial ya no eran los combatientes cargados de medallas, que destacaban por su coraje y su valor en el combate, sino que estaban representados por el "soldado desconocido", el *milite ignoto, le soldat inconnu*, en los idiomas de los países tocados por la guerra. Era el soldado desconocido, elegido como representante de miles y miles de víctimas anónimas caídas en el combate. Desde este punto de vista, todo el conjunto de rasgos de la Primera Guerra Mundial nos permite considerarla como una etapa fundamental en el camino que lleva a Auschwitz bajo diferentes puntos de vista. Por ejemplo, por una consecuencia fundamental que tiñó esta guerra y que consistió en que las sociedades europeas se acostumbraron a la muerte de masa y al exterminio.

Hay un historiador norteamericano de origen judeo-alemán, George Mosse, que reflexionó sobre este aspecto de una manera bastante interesante. Hace una comparación entre el *pogrom* de Kishineu en 1903, en el imperio ruso de los zares, y el genocidio de los armenios durante la Primera Guerra Mundial. En 1903, en la ciudad de Kishineu, en la actual Moldavia, Besaravia, se produjo un *pogrom*, un episodio de violencia antisemita, en el cual fueron matados trescientos judíos. Fue uno de los más terribles *pogromos* de la historia del zarismo; y esa matanza produjo una ola de indignación en la opinión pública internacional, ya que apareció como el símbolo de la barbarie del zarismo, del absolutismo zarista;

como una barbarie de un régimen oscurantista y retrógrado, algo que no se podía concebir en los países civilizados de Europa occidental. Algunos años después, durante la Primera Guerra Mundial, el genocidio de los armenios – entre un millón y un millón y medio de seres humanos– ocurrió en silencio: casi nadie se dio cuenta de que se había producido un genocidio. Y George Mosse explica este fenómeno diciendo que Europa ya estaba acostumbrada a la masacre y al exterminio. De hecho, en todos los países podríamos analizar las diferentes maneras en las cuales la cultura europea había asimilado esa experiencia de la guerra. La pintura alemana del período de entreguerras, como los dibujos y las pinturas de Grosz, por ejemplo, son, para tomar la definición de Günter Andersen, el retrato de un mundo en el cual la muerte no tiene nada de natural: la muerte es algo violento. El objeto de esa pintura es la destrucción del mundo real.

Todo eso fue una consecuencia de la guerra, y esa comparación que hizo George Mosse podría ser generalizada. Podríamos decir que el genocidio de los judíos en la Segunda Guerra Mundial tampoco provocó una reacción muy fuerte. No provocó la reacción de los denominados “intelectuales”, por ejemplo. No se produjo algo comparable con el compromiso de los intelectuales manifestado en otros momentos, como durante la guerra civil española, por ejemplo, o durante la Guerra de Vietnam.

La Primera Guerra Mundial fue un momento de brutalización de la vida política en Europa y de ingreso de la guerra en la sociedad. Fue una etapa de transición de la guerra a la guerra civil, y de las guerras a las guerras civiles en diferentes países europeos porque el lenguaje bélico, los medios de enfrentamiento, penetraron en las sociedades europeas en general, y en particular en los países perdedores. Aparecieron partidos políticos con su propia milicia, y el lenguaje se brutalizó de una manera impresionante; por ejemplo, aparecieron en Alemania palabras como *Vernichtung*, “aniquilamiento”, o como *Untermensch*, “hombre inferior”, y estos conceptos ingresaron tanto en el lenguaje político como en la lengua corriente.

La Primera Guerra Mundial fue también un laboratorio del fascismo –a pesar de todo el debate historiográfico que existe sobre la cuestión hoy día–, en la medida en la que aparecieron movimientos nacionalistas con características nuevas, con ambiciones, entre comillas, “revolucionarias”. Los líderes de estos movimientos nacionalistas, que movilizaron a las masas, tenían orígenes “plebeyos”, como Mussolini en Italia, o como Hitler en Alemania. Ya no eran aristócratas, como lo habían sido los conservadores y los reaccionarios del siglo XIX,

y que, como De Mestre en Francia, Cortés en España, o como Nietzsche, en alguna medida, despreciaban a las masas. Estos nuevos líderes políticos surgían de un movimiento de masas, y por tanto, necesitaban un contacto con ellas. No aspiraban a una regresión al pasado, a restablecer un orden antiguo, el Antiguo Régimen, sino que su objetivo era el establecimiento de un orden nuevo, autoritario y nacionalista, por supuesto. Pero un orden nuevo que había pasado por la experiencia de la guerra y que también idealizaba la técnica.

Después de la Guerra se había producido un fenómeno muy original: una simbiosis entre un conjunto de valores heredados de la Contrailustración —el planteamiento ideológico del conservadurismo tradicional, el rechazo de los valores de la Ilustración, digamos, de la filosofía de los derechos del hombre—, por un lado, y un culto a la técnica y una idealización de la modernidad en el sentido técnico de la palabra, que es el rasgo de los fascismos modernos. En esta época aparecieron los estetas del fascismo, como Marinetti y el futurismo italiano, para el cual la guerra es la “higiene del mundo”; o como Ernst Jünger en Alemania, que teoriza el “Trabajador” (*der Arbeiter*) como la síntesis entre el *Volk*, una comunidad guerrera, una comunidad nacional en el sentido racista de la palabra, la dictadura y la técnica. Aparecen también los filósofos del fascismo, como Carl Schmitt, que teorizó lo político como lugar del conflicto entre el amigo y el enemigo, un conflicto existencial que se resuelve con la destrucción del enemigo, en otras palabras una visión antidemocrática del conflicto y del pluralismo.

La Primera Guerra Mundial fue también un laboratorio de los totalitarismos modernos. Hay que decir algunas palabras sobre la pertinencia y los límites de este concepto, que vivió en los últimos años un regreso espectacular en el debate político intelectual. El término “totalitarismo” conoció su éxito en la primera época de la Guerra Fría, en los años cincuenta en particular, y su declive a partir del final de los años sesenta y los años setenta. Este concepto ha sufrido una renovación muy importante en esta última época, después de la caída de la Unión Soviética.

Bueno, creo que el concepto de totalitarismo ha ingresado de una manera casi irreversible en nuestro vocabulario; todo el mundo habla de totalitarismo. Tiene una pertinencia muy grande, en particular en la teoría y filosofía políticas, que intentan comprender la naturaleza de los regímenes políticos, clasificarlos y elaborar su tipología. Desde este punto de vista, el siglo XX produjo algo históricamente nuevo, que no se puede catalogar ni definir con las categorías clásicas del pensamiento político desde Aristóteles hasta, digamos, Max Weber.

Apareció una relación nueva entre la ideología y el terror, como elementos constitutivos de un régimen político que no se pueden entender con las categorías viejas de despotismo o tiranía. Era algo diferente, que requería la aparición de un nuevo concepto para definirlo. Pero la pertinencia de este nuevo concepto de totalitarismo abre los límites para los historiadores y para los sociólogos, ya que éstos no se ciñen únicamente a definir la naturaleza y la forma de un régimen, sino que tratan de estudiar los orígenes, la genealogía, la dinámica, el desarrollo, la evolución, la caída –eventualmente– de ese régimen; intentan interpretar históricamente un fenómeno político. Creo que los límites de ese concepto aparecen evidentes si intentamos “historizar” la definición clásica del totalitarismo, no la de Hannah Arendt, sino la definición de los politólogos de los años cincuenta, desde Brzezinski y Friedrich hasta Raymond Aron en Francia, por ejemplo.

Todas las teorías clásicas del totalitarismo destacan algunos elementos: la supresión del Estado de derecho, el partido único, la presencia de un jefe carismático, de una ideología de Estado, la instauración, muchas veces, de un sistema de campos de concentración, de una tendencia a la planificación económica... Bueno, si el totalitarismo es un sistema definido por ese conjunto de elementos, es evidente que la Unión Soviética, en el período del estalinismo –y también en un período más largo– y algunos regímenes fascistas, pueden ser caracterizados como totalitarios porque todos tienen ese conjunto de características.

Pero si interpretamos, si analizamos históricamente esos regímenes, bueno, creo que también aparecen grandes diferencias. Por ejemplo, en lo que se refiere a la duración: el fascismo en Alemania duró doce años, y el comunismo, como régimen en la Unión Soviética, setenta años. Este último nació de una revolución, y conoció también una larga fase posttotalitaria. Y es que si el totalitarismo es algo que empieza en 1917 y se acaba en 1991 y no establecemos diferencias entre Lenin, Stalin y Gorbachov, es evidente que el totalitarismo es un término sin contenido.

Seguro es que en los fascismos, en el nazismo y en la Unión Soviética hay una ideología de Estado, pero esa ideología no es la misma, ya que la vinculación con la tradición de la Ilustración es radicalmente contradictoria: el comunismo se reivindica a partir de la tradición de la Ilustración, y el nazismo la rechaza totalmente. Bueno, habría que abrir un paréntesis sobre el uso que hace el estalinismo de la tradición de la Ilustración, pero eso es otra cosa.

En cuanto a las bases sociales de esos regímenes, podemos decir, por un lado, que el régimen comunista necesita destruir, en el sentido social de la

palabra, a las viejas elites dirigentes –económicas, militares, administrativas... – para establecerse, y expropia a los terratenientes, a los industriales, a las capas financieras. El nazismo, por el contrario, incorpora en su sistema de dominación a las viejas elites económicas, administrativas y militares. Se trata de un régimen cualitativamente diferente del de la república de Weimar, es un régimen político que no destruye a las viejas elites, sino que las integra a su poder.

En cuanto a las violencias de esos regímenes, se trata en ambos casos de una violencia de tipo totalitario. En ambos hay un sistema de campos de concentración, con millones de víctimas, pero se trata de una violencia que tiene una naturaleza diferente. La violencia del nazismo es dirigida hacia el exterior, la violencia del estalinismo hacia el interior. La casi totalidad de las víctimas del estalinismo son ciudadanos soviéticos, y en su gran mayoría, rusos. La mayor parte de las víctimas del nazismo no son alemanes, presos de guerra, esclavos, rusos y polacos en particular, deportados políticos de todos los países ocupados por el nazismo, y categorías de la población alemana que, antes de ser perseguidas y exterminadas, ya eran rechazadas fuera de la nación alemana. Por ejemplo, las leyes de Nüremberg decían que los judíos no eran alemanes... Se trata, por tanto, de todo un dispositivo jurídico también para excluir –entendido en el sentido étnico más estrecho de la palabra– del cuerpo de la nación una serie de categorías que fueron, después, eliminadas.

Los ancestros del estalinismo y del nazismo también son muy diferentes: el estalinismo retoma una tradición autoritaria que es típica del absolutismo ruso, y la colectivización del campo bajo Stalin, a principios de los años treinta, por ejemplo, presenta muchas semejanzas con la rusificación del Cáucaso dirigida por el zarismo en el siglo XIX. Esto es sólo un ejemplo; podríamos dar otros.

La violencia del nazismo, como violencia de una guerra por la conquista del “espacio vital”, como violencia para la destrucción, para el exterminio de capas definidas como “razas inferiores”, tiene, creo, un origen en Europa occidental que es típicamente imperialista. El imperialismo, en el sentido clásico de la palabra, es una guerra por la conquista del “espacio vital”, y el nazismo es una guerra colonial hecha en el corazón mismo de Europa en el siglo XX; bueno, una guerra para exterminar las “razas inferiores” como rasgo de la misión civilizadora, y eso también es un lugar común de la cultura europea del siglo XIX.

Así que hay que buscar los ancestros de esos regímenes, de esas formas de totalitarismo, en lugares diferentes, pues no se trata de la misma cosa. Hay una relación con la “racionalidad” que no es la misma. Podríamos decir que lo que caracteriza al estalinismo es la racionalidad de los fines perseguidos y la irracio-

nalidad de los medios utilizados, y no hablo del fin como el socialismo, el comunismo; no hablo de utopía: hablo del fin mucho más prosaico de Stalin: modernizar la Unión Soviética. Y ese fin no es irracional. Es un objetivo, en sí mismo, racional, pero los medios utilizados son una forma de esclavitud: el trabajo forzado, la militancia del trabajo, la explotación militar o feudal de los campesinos, para retomar la fórmula de Bujarin. Bueno, todo eso comprometió el fin mismo, y ahí está su contradicción. Porque es claro que se habría podido modernizar la Unión Soviética con otros medios diferentes del Gulag.

Lo que caracteriza al nazismo, por el contrario, es la racionalidad de los medios y la irracionalidad global del fin perseguido. Porque si analizamos cómo funciona un campo de exterminio, podemos ver que se trata de un accionar “racional”. Es una destrucción que incorpora una racionalidad administrativa y productiva y que usa medios técnicos de la industria más avanzada de la época, pero todo eso, todo ese sistema de racionalidad “instrumental”, –para retomar el concepto de la Escuela de Fráncfurt–, está puesto al servicio de un objetivo, de un proyecto de sociedad, de un proyecto político que es totalmente irracional, que es la destrucción de una categoría de la población, de un grupo humano. Eso es irracional también desde el punto de vista económico y militar porque durante la Segunda Guerra Mundial los nazis destinaron medios y crearon todo un dispositivo para destruir a seis millones de personas a pesar de las dificultades que tenía Alemania para combatir en dos frentes.

Desde ese punto de vista, creo que la diferencia que existe entre la violencia del nazismo y la violencia del estalinismo es muy grande. Por una parte, tenemos un sistema que “usa”, que “gasta” seres humanos para modernizar Siberia, por ejemplo, para construir líneas de ferrocarriles, para electrificar una región, para construir ciudades, para talar bosques, etc. Por otro lado, tenemos un régimen que utiliza los medios de la modernidad para matar: no se trata de matar para modernizar; se trata de utilizar la modernidad para matar. Ésa es la diferencia fundamental, creo, que existe en la relación del nazismo y el estalinismo con la modernidad y con la racionalidad moderna, y esa diferencia no puede ser comprendida, no puede ser analizada, creo, por el concepto de totalitarismo. Entonces, es un concepto necesario, es un concepto pertinente, pero que tiene límites también y hay que hacer un uso cuidado de esto.

Bueno, quisiera hacer algunas consideraciones finales... ¿tengo tiempo?, sobre el problema de la relación de esas violencias, a pesar de sus diferencias importantes, con lo que podríamos definir como el proceso de civilización, y decir algunas palabras sobre esa “dialéctica negativa” de la cual hablaba al prin-

cipio, que transforma, digamos, el progreso técnico, científico e industrial en regresión social, ética; esa “dialéctica negativa” que transforma la civilización en barbarie y el progreso industrial en progreso de los medios de exterminio. Eso es un rasgo de todas las violencias del siglo XX, a pesar de sus diferencias de cualidad, de naturaleza, muy grandes: la violencia del Gulag, de Auschwitz, de los campos de exterminio, de la bomba atómica en Hiroshima... Bueno, casi podríamos decir, con Hannah Arendt, que todo esos ejemplos son una ilustración de los “delirios del *homo faber*”, como ella define uno de los rasgos de la modernidad. Pero todas esas violencias, a pesar de sus definiciones, tienen una relación con lo que Norbert Elías, el sociólogo alemán, llamó *el proceso de civilización*. Norbert Elías intenta definir esa noción de civilización y ese proceso de civilización, y destaca algunos elementos. Por ejemplo, el monopolio estatal de la violencia. Después de Hobbes, hasta Max Weber y Norbert Elías, el monopolio estatal de la violencia siempre fue subrayado como un rasgo del proceso de civilización. Bueno, las violencias totalitarias suponen el monopolio estatal de los medios de violencia, de los medios de destrucción. No se puede concebir un campo de exterminio no planificado, construido, dirigido por un Estado. La racionalidad productiva y administrativa, lo que Elías, inspirándose en Weber, define como la “sociogénesis del Estado”.

La racionalidad productiva y administrativa también es un rasgo de las violencias totalitarias. Hay un sociólogo de origen polaco, Zygmunt Bauman, que ha escrito cosas interesantes desde este punto de vista. Probablemente exagerando un poquito, dice que casi se podría analizar Auschwitz como un modelo de *management*, como un lugar, un microcosmos en el cual se reproducen todas las características de la gestión, de la organización del trabajo, de la racionalización productiva y administrativa, de la división entre ideación y ejecución, de jerarquía, de ejecución de tareas parciales que participan de todo un conjunto que desemboca en la destrucción... Bueno, en definitiva, todo un conjunto de características que definen el paradigma weberiano de la burocracia y de la modernidad administrativa y el paradigma fordista de la producción serial.

Inspirándose en Freud, Norbert Elías define el proceso de civilización como el “autocontrol de las pulsiones”. Bueno, podríamos decir también que Auschwitz supone ese tipo de autocontrol de las pulsiones, porque los campos de exterminio no son la expresión de la erupción volcánica de la violencia. No son una violencia que supone el odio como motor. No son una erupción de fanatismo. Son una violencia fría, planificada, una violencia, digamos, entre comillas, “racional”, que precisamente supone ese tipo de autocontrol de las pulsiones y...

bueno, el autocontrol de las pulsiones y la racionalidad administrativa moderna tienen un corolario que es la “desresponsabilización” ética de los sujetos sociales, de los actores sociales. ¿Qué significa eso? Que el exterminio industrial totalitario es una violencia organizada y fragmentada en un conjunto de tareas, en un conjunto de acciones que en sí mismas no son particularmente mortíferas. El ejemplo que siempre ponen los historiadores es el del responsable de una estación de ferrocarril. Su tarea sólo consiste en permitir a los trenes circular, y él no se pregunta si en ellos se transportan mercancías, armas, soldados, deportados, judíos, etc. Pero el trabajo de este responsable de una estación puede ser fundamental para el funcionamiento del mecanismo del genocidio en su conjunto. Ciertamente que el responsable no es criminal, y también puede ser alguien que ni siquiera haya tomado conciencia de las consecuencias de las acciones parciales que él cumple y que participan de un proceso criminal en su conjunto. Ése es el mecanismo de la “desresponsabilización” ética de los actores sociales en una sociedad en que no se pide a un funcionario tener una alta conciencia ética, sino tener competencia y hacer su trabajo de manera racional, de manera eficaz e inteligente. Bueno, la consecuencia de eso fue lo que Hannah Arendt llamó la “banalidad del mal”, de un mal que puede ser monstruoso, pero que está hecho, perpetrado, por individuos que son muy banales, que son gente normal que nunca tomó conciencia de sus actos. Ése es uno de los rasgos del proceso de civilización.

Bueno, la conclusión a la que llegaría, tomando también en cuenta las críticas eventuales de Josep Ramoneda en su ensayo, que he empezado a leer hoy, es que todo esto no significa evacuar el problema de la responsabilidad histórica y de la culpa, porque sería demasiado fácil decir; “bueno, la culpa es del proceso civilizatorio en su conjunto, entonces todos somos responsables y nadie es culpable”. Creo que Josep formula que si todos somos culpables, hay quienes lo son más que otros. Bueno, eso es cierto, y todo el problema de la culpa que fue planteado por Jaspers al final de la Segunda Guerra Mundial, y su distinción muy atenta entre diferentes grados de culpabilidad, me parece muy actual y pertinente hoy día.

Pero si sacamos la conclusión de que las violencias totalitarias del siglo XX fueron posibles porque están arraigadas, inscritas, en el proceso de civilización, eso plantea un problema de responsabilidad histórica que concierne a toda la sociedad, y no podríamos ser ciudadanos, ciudadanos en el sentido más noble de la palabra, sin ser portadores de la memoria de este siglo y sin ser conscientes de la parte de responsabilidad histórica que nos concierne como europeos, por

ejemplo, que vivimos en un continente con una pasado así. Bueno, creo que eso es una conclusión importante que hay que sacar y que es, me parece, una condición básica para pensar, no digo ya todo un proyecto de emancipación, una utopía de otro mundo, sino para pensar una democracia en la Europa de hoy. Y para terminar, creo también que una de las herencias de las violencias del siglo XX es que no podemos pensar la democracia como lo hacen algunos teóricos, filósofos, políticos, de manera “deshistorizada”. Por supuesto, la democracia es un conjunto de normas, como la definió Hans Kelsen desde los años veinte y treinta. Por supuesto, las democracias tienen sus reglas, y Norberto Bobbio las llama *le regole del gioco*, “las reglas del juego”. Bueno, una democracia sin reglas no puede funcionar, pero la democracia es mucho más que un conjunto de normas: es un producto histórico y, en particular en Europa, la democracia es el producto de luchas contra regímenes que la destruyeron y que desembocaron a veces en violencias y genocidios de dimensión muy amplia. Entonces, pensar la democracia como una democracia ciega, amnésica, sin memoria, sería una manera de pensar en una democracia muy débil, muy frágil ante las amenazas que existen hoy, y creo que sería un lujo que países como España, que conoció el franquismo, Italia, que conoció el fascismo, o Alemania, que conoció el nazismo, no deben permitirse. Entonces, siempre tenemos que incorporar en nuestra concepción de la democracia esa memoria histórica de las violencias del siglo XX.